

Lo más tremendo no suele ser la envidia que alguien nos da, lo más terrible es la envidia que le tenemos. En la envidia que nos da comprobar lo que le sucede a otro hay algo de deseable, de admirable, una cierta voluntad de ponernos en su situación. Diría que es razonable que queramos su buena ventura, que incluso es una forma honesta de compartir su suerte o su coyuntura, una clase de emulación. Y hasta podemos decírselo, como un halago, como un modo de subrayar y de felicitar. Ésta es una envidia confesable. Puede llegar a ser una manera de celebrar su situación o su condición por ese trabajo, por ese viaje, por esa salud, por ese éxito, por esa compañía.

Sin embargo, hay otro modo de ser de la envidia verdaderamente violento y destructivo. Es la envidia de que el otro sea de esta u otra manera, de que pueda, de que valga, de que exista. Ahí ya no se trata de algo declarable. Es más que un "no lo soporto", es una irrefrenable tendencia a no desear que le vayan bien las cosas y no exactamente que le vayan mal sino, literalmente, a mirarle mal, a mirar desde el mal cuanto diga o haga. Podría ocurrir que, en el fondo, también anhéláramos tener su capacidad o su posición, o sus cualidades, o su fuerza. Simplemente no nos resulta llevadero que esté ahí siendo así. Y en muchas ocasiones ni siquiera es por lo que hace, aunque nos desespera el que sea capaz de hacerlo, sino por lo que es. Cualquier amago de eficacia o de éxito por su parte nos desquicia. Y no es odio, que en su indignidad al menos tiene grandeza. Es la envidia como debilidad y miseria de nuestra alma. La envidia habla de nuestras propias limitaciones, frustraciones e impotencias y puede llegar a ser una coartada para nuestra mediocridad. Y esto no sólo no resulta confesable, es la voluntad de que deje ya de una vez de incordiar con su existir de ese modo. Y necesitamos extender, contagiar, contar, para dar mayor realidad a nuestro sentir. La envidia fermenta la maledicencia.

Semejante envidia enturbia toda relación, incluso con nosotros mismos. Tal vez fuera suficiente con un pequeño y cuidado gesto de generosidad para con él o ella. Y de asunción de nuestros límites. La envidia nos destruye, nos paraliza, nos desalienta, nos hace incapaces para el goce con lo ajeno y nos impide la propia dicha. Con ella, resultamos siempre grises, con una amargura que hiere sin cicatrizar jamás. No es el deseo del mal ajeno, es la imposibilidad de alegrarnos con su bien. Nos entristece.

Ángel Gabilondo